

Ignacio Castro ▶ Filósofo

Filósofo, escritor y crítico de arte, influido por la heterodoxia del pensamiento occidental (Leibniz, Nietzsche, Lacan, Deleuze), estuvo en Vigo para presentar en el museo MARCO su último libro, "Votos de riqueza" (Antonio Macado Libros), en el que trata las características de nuestra sociedad en esta fase del capitalismo.

TEXTO: FERNANDO FRANCO

En 264 páginas, Ignacio Castro Rey, utilizando una voz indignada y empleando una lente sociológica, dibuja un panorama bastante desolador y feroz de nuestro tiempo, el del "capitalismo real". Así lo valoró su presentador en Vigo, Manuel Bragado, y de eso trata *Votos de riqueza*: de analizar el paso del capitalismo productivo al capitalismo especulativo actual, lo que hace, según el editor gallego, con una visión vehemente, intensa, densa, ácida, pero también luminosa, divertida y profundamente irónica. "La explotación de los cuerpos", "Crítica de la razón sexual" o "La sexualidad y su sombra" son otras publicaciones suyas.

¿Qué tipo de tránsito estamos viviendo?

Hace ya más de veinte años vivimos el tránsito de un sistema social basado en la disciplina de los espacios de encierro clásicos (familia, escuela, cuartel, prisión) a otro de "geometría variable" basado en el control personalizado en espacios abiertos, donde el individuo consumidor puede interactuar. En este último caso el modelo no es el "paternal" rompeolas que reprime (no hagas esto, no hagas lo otro) sino el modelo "maternal" de la tabla de surf. Después de cumplir parte de su condena, hasta el delincuente puede hacer vida "normal" con una simple pulsera electrónica que controla su posición en cada momento.

¿Y de qué modo se manifiestan los modos de control social?

En el tardocapitalismo (turbocapitalismo, como llaman algunos) el control se ejerce sirviendo al individuo, sirviendo de manera terciaria a un individuo que resulta "blindado" por el consumo. La sociedad consumista de la comunicación total está basada en un aislamiento previo del individuo con respecto a cualquier arraigo natal (familia, nación, etnia, cultura), que es más o menos demonizado por la cadena de miedos inducidos, para después conectarlo por fuera en las distintas identidades reconocidas socialmente. Hasta el sexo, como gran tema social, está al servicio de este dispositivo basado en la conexión global del aislamiento que es el consumo.

La negación de la heterogeneidad, la separación, la mentalidad profiláctica... así califica usted esta etapa de capitalismo tardío ¿Podría explicarse de modo más simple?

El concepto de separación tiene una venerable tradición en el pensamiento crítico de Occidente. Está en la alienación de Marx, en la ética protestante que rompe con la "cultura de los sentidos" de We-

"La democracia se ha transformado en una especie de religión"



“¿Alguien se ha tomado la molestia de reparar en la humanidad que quiere huir del mundo desarrollado, en los suicidios o en el consumo de ansiolíticos?”

ber, en la desposesión de la vida cotidiana que es base de la sociedad del espectáculo en Guy Debord, en Heidegger... Pero sobre todo en la aversión hacia la existencia mortal con la que Nietzsche caracteriza a nuestra modernidad.

Y eso, por muy laicos que seamos...

Es que aún así, nuestra sociedad es platónica, puritana y profiláctica, en el sentido en que vive en la doctrina de la separación, odia la mezcla sombría que es la existencia común, la inmediatez terrenal. El puritanismo angloamericano dirige el mundo "global" porque es la expresión más furiosa (y militar) de una profunda repugnancia a la vida desnuda que recorre hoy todo Occidente.

¿En eso consiste, lo que usted llama "nuestro integrismo"?

En esto consiste, por el que somos temidos u odiados en el resto del orbe. Toda nuestra larga lista de temores diarios (virus, terroristas, asesinos, pueblos primitivos) son metáforas de una común existencia mortal que no soportamos.

Habla usted también de totalitarismo democrático...

Claro, porque lo que podía ser un simple instrumento político, relativo a una sociedad histórica determinada, se ha transformado en una especie de religión, laica y técnica, que nos permite un continuo acoso de la existencia, tanto interna como externa. En cuanto a los pueblos exteriores, la escandalosa cadena de guerras desencadenadas contra pueblos inermes da buena prueba de ese acoso. En cuanto a las formas de vida internas, una infelicidad y soledad de la existencia que no tiene posiblemente precedentes.

Pero esos pueblos exteriores llaman a nuestras puertas...

Nos encanta en el fondo la imagen de toda esa gente que, arrancada de sus naciones por nuestra publicidad, se estrella en las costas de nuestra opulencia. Ahora bien, ¿alguien se ha tomado la molestia de reparar en la humanidad que quiere fugarse de aquí? ¿Alguien le ha echado un ojo a las penúltimas estadísticas de suicidios, de consumo de ansiolíticos, de desapariciones misteriosas?

¿No da la impresión de que hay un modelo que se está agotando (neoliberalismo, neocapitalismo) porque ha llegado demasiado lejos, sobre todo tras la guerra de Irak, y que ya hay señales de algo puede pasar?

Sí, algo nuevo se está incubando en el horizonte. Después de la euforia neoliberal tras la caída del Muro ha caído sobre nosotros la conciencia de que, después de todo, el conflicto que manteníamos con el comunismo era un problema de familia. Ya antes del 11-S lo que se dibuja en la distancia es el conflicto de las culturas. Existen una serie de mundos que despreciamos rápidamente como tiránicos o atrasados (el islámico, el eslavo, el chino) y que sin embargo tienen mucho que enseñarnos en cuanto a recuperar otra relación con la tierra mortal y entre los hombres. En este sentido, creo que las culturas exteriores son claves para que Occidente deje de ser letal y encuentre, dentro de sí mismo, otro modo de ser mortal, de relacionarse con las raíces ancestrales que pueden vincular a los pueblos.